

## III

## LOS SUCESES DE LOS ÁRABES EN LA INDIA

Los primeros fueron los Mogoles, los cuales heredaron la civilización árabe, y si no supieron hacerla progresar, al menos la supieron utilizar; de modo que bajo su dominio aquella inmensa península fué rica y próspera.

Los Ingleses sucedieron á los Mogoles, y civilizaron el país, dotándolo de carreteras y ferrocarriles, destinados á facilitarles su explotación; bien que el resultado de ese nuevo esplendor ha consistido en sumir al país en una miseria tan extremada que no se ha visto igual en ningún otro del mundo.

Más prácticos que los Españoles con respecto á los Arabes, los nuevos señores de la India nunca han pensado en expulsar á los Hindus, considerando más cuerdo desangrarlos metódicamente. Si no se juzga más que por el concepto comercial el sistema que permite á algunos miles de mercaderes hacer trabajar en beneficio propio á centenares de millones de hombres, reduciéndoles á un estado mil veces peor que la esclavitud, no cabe dudar que merece nuestra admiración; pero si lo juzgásemos con el criterio de la humanidad, probablemente opinaríamos de otro modo.

Aplicado con rigor á la India, el ingenioso sistema colonizador de Inglaterra ha enriquecido inmensamente á la metrópoli, aunque arruinando completamente á los infelices explotados. Después de hacer observar que en tiempo de los reyes indígenas los agricultores, que en la India componen la casta más numerosa, pagaban sólo un sexto de los productos del suelo, al paso que ahora pagan á los Ingleses la mitad de las cosechas, Mr. Grandidier expone el fructuoso sistema de la expropiación por falta de pago de las contribuciones, y añade: «Há ya

puede juzgarse por la respuesta que el ministro de Obras públicas, Ali-Bajá-Mubarek, dió á un comité de conservación. «¿Qué necesidad hay de conservar tantos monumentos?—repuso;—¿no basta conservar una muestra de ellos?» Argumento ingenioso que nos conduciría á utilizar como telas de envase los cuadros de Rafael y Rubens, so pretexto de que un solo cuadro de cada uno nos basta. «Además,—añadió el ministro con elocuencia, aludiendo á la magnífica puerta de Zowaileh, delante de la cual se ejecutaba antes á los criminales,—nosotros no queremos ya conservar semejantes recuerdos, y debemos destruirlos como los franceses han destruido la Bastilla.»

Los artistas que deseen contemplar los restos de esos tesoros de arquitectura, acumulados en el Cairo por mil años de civilización árabe, no deben perder tiempo, pues no tardarán en desaparecer del todo. En cambio de esos restos de otra edad, con justicia despreciados por los comerciantes, el pueblo egipcio disfrutará de todos los beneficios de la civilización, poseyendo buenos cuarteles, bonitas capillas protestantes, un número respetable de vendedores de biblias y de aguadiente, y variadas colecciones de sacerdotes protestantes.

mucho tiempo que este sistema ha sumido á los labradores en tal indigencia, que ya no pueden ser más pobres.»

El estado de la India bajo el dominio inglés ha sido estudiado recientemente de un modo detenido por Mr. Hyndman, el cual, después de exponer por una parte que Inglaterra abruma á los indígenas con impuestos tan pesados que los matan de hambre, y por otra que ha arruinado todas las manufacturas locales para favorecer las importaciones de la metrópoli, añade: «Nos encaminamos á una catástrofe sin igual en la historia del mundo.» Cuya predicción, aunque parezca pesimista, no lo es de ningún modo, si se considera que en la sola provincia de Madrás existen, según la estadística oficial, 16 millones de indigentes. Los desdichados Hindus no sólo están obligados á mantener un ejército que cuesta más de 400 millones anuales y una administración que no baja de 50, sino también á enviar anualmente á Inglaterra el equivalente de 500 más (1).

## IV

## MISIÓN DE LOS EUROPEOS EN ORIENTE.—CAUSA DE SU MAL ÉXITO

Hemos examinado ya la influencia que Oriente tuvo en la antigüedad sobre Occidente, por el intermedio de los Arabes; y no será inútil ahora investigar la que después tuvieron los Europeos sobre los Orientales.

Como el estudio demuestra que siempre ha sido nula, no habría necesidad de extenderse sobre dicho tema si no fuese interesante buscar las causas de la tenacidad invencible con

(1) La suma que Inglaterra ha sacado de este país en veinte años asciende á diez mil millones, sin contar el dinero gastado en mantener á los conquistadores, cada uno de los cuales recibe, para residir en la India, una paga de ministro ó de soberano. La residencia de los funcionarios se reduce á cinco años, por considerarse que bastan para reunir una brillante fortuna. En cuanto á la situación del país, cabe juzgar de ella por el siguiente pasaje del autor inglés que más arriba cité, Mr. Hyndman. «Espantoso era,—dice,—ver á las provincias del noroeste obligadas á exportar sus granos, al mismo tiempo que 300,000 personas morían de hambre en algunos meses;» y añade que en 1877, en la sola residencia de Madrás, 935,000 perecieron de hambre, según datos oficiales. Esta situación empeora cada día, pues la fertilidad del suelo disminuye rápidamente por el abuso de culturas excitantes que la enormidad de las contribuciones hace necesarias.

Las cifras que Mr. Hyndman ha producido, y que ha publicado la *Nineteenth century* con el título de la *Bancarrota de la India*, no han sido negadas, y la única respuesta que ha podido darse en justificación del tributo de 500 millones que Inglaterra extrae de la India, es la de la *Fortnightly Review*, que «este dinero no es para la India otra cosa que el pago de un gobierno pacífico y regular.» La palabra *pacífico* aplicada á un régimen que hace morir de hambre en un año á más hombres que no han costado las guerras más mortíferas, debe parecer, sin duda, algo exagerada á los Hindus.

que los Orientales han rechazado siempre la civilización y creencias que les llegaban de Occidente, al paso que aceptaron del modo más fácil, en la antigüedad, las que les enseñaron los Arabes.

Entre los motivos generales de la impotencia de los Europeos, debe aducirse el siguiente: que la civilización europea es producto de un largo pasado, al cual nosotros no hemos llegado sino de un modo progresivo, atravesando una serie de períodos sucesivos. Así es que hacer saltar bruscamente á otro pueblo los escalones sucesivos de esta serie, tendría tanto de quimérico como obligar á un niño á pasar á la edad madura sin haber tocado en la de la juventud.

Sin embargo, este motivo no bastaría por sí solo á explicar la menguada influencia de nuestra civilización en los Orientales, pues entre los elementos de que esa civilización se compone hay algunos bastante sencillos para adaptarse á las necesidades de aquella gente; lo cual no impide que también los desechen. Así, nuestro malogro tiene además otros motivos.

Entre éstos se hallan la complicación de que está formada nuestra civilización, y las numerosas necesidades ficticias que ha llegado á crear; las cuales han originado en el Europeo moderno una agitación febril, obligándolo á un trabajo excesivo para satisfacerlas; cuya agitación y exceso de trabajo son tanto más antipáticos á los Orientales, cuanto que carecen de todas nuestras necesidades. En efecto, las necesidades materiales de todo Oriental, ya sea chino, árabe, hindu, etc., son ligerísimas; pues con un pedazo de tela por vestido, y agua y algunos dátiles por comida, un Árabe queda contento; lo mismo les pasa al chino y al hindu, cuyo alimento se reduce á un poco de arroz y de té, y se contentan con habitaciones que no valen gran cosa más. La sobriedad de los Chinos y su carencia de necesidades, unidas á su talento industrial, han llegado á producir el sorprendente hecho de que cada vez que van á hacer competencia á los trabajadores de naciones que se tienen por superiores, quedan dueños del trabajo. Por esto la América y la Australia se ven hoy obligadas á expulsarlos.

Esta diferencia entre las necesidades de los Orientales y las de los Europeos, y la no menor que existe entre su mutua manera de sentir y pensar, han abierto entre ambos grupos un verdadero abismo. Los Asiáticos no nos envidian nada nuestra civilización; y los que menos la envidian son los que han visitado á

Europa, pues el concepto que de ella se forman es muy diferente del que nos inclinamos á suponer. Según ellos, la introducción de nuestro modo de vivir sería en Oriente la calamidad más lastimosa; y los que han leído algo citan como prueba el ejemplo de la India; sin contar que todos están contestes en que los Orientales son más felices, más honrados y más morales que los Europeos, mientras no están en contacto con éstos.

Pero si la evidente incompatibilidad que existe entre el género de vida, los sentimientos é ideas de los Orientales y los de los Europeos basta á explicar la indiferencia que los pueblos de Oriente tienen por los beneficios de nuestra civilización, no es suficiente para explicar del mismo modo la repulsión que nos tienen, y el desprecio con que miran nuestras instituciones, creencias y moral.

Sería inútil callar la causa, la cual consiste en la conducta, á la vez que astuta, cruel, de los pueblos civilizados con respecto á los que no lo son, ó á los que lo son menos.

Con los pueblos que no lo son, ó sea con los salvajes, la conducta de los Europeos ha dado por resultado destruir aquella gente con toda rapidez; y tanto en América como en la Oceanía, el destino del salvaje, que vivía junto al hombre civilizado, ha sido siempre idéntico al del conejo que se halla al alcance de la escopeta de un cazador. Pronto no habrá salvajes en ninguna parte; los últimos Pieles Rojas desaparecen, á favor de una sutileza que consiste en tomarles sus territorios de caza, encerrarlos en cercados donde no tienen nada que comer, y matarlos en seguida, como ánades, cuando el hambre los saca de allí. En Oceanía los salvajes también comienzan á desaparecer y extinguirse; de suerte que tribus enteras, como los Tasmanianos, han quedado tan aniquiladas que ni un solo individuo de ellas subsiste hoy (1).

(1) Vea el lector lo que sobre esto digo en mi última obra: *L'homme et les sociétés* (t. II, pág. 91), hablando de la conducta habitual de los blancos en Africa y Oceanía; y de paso recordaré la ingeniosa astucia que emplean los capitanes de buques ingleses para proveerse de trabajadores en las islas malasias, la cual consiste no más que en coger por medio de alguna estratagema, y prodigando las demostraciones amigables, el mayor número posible de indígenas, cortarles inmediatamente la cabeza, y cambiar con los jefes de las tribus rivales de los degollados cada cabeza por cierto número de trabajadores. Se contrata á éstos por corto tiempo, pero ya se entiende que no vuelve jamás á ponérselos en libertad. Hechos análogos han conducido al sabio naturalista Quatrefages á las conclusiones siguientes: «Por lo que se refiere al respeto de la vida humana,—dice,—la raza blanca europea nada tiene que achacar á las más bárbaras. Vuelvan los blancos la vista á su propia historia, y acuérdense de algunas de aquellas guerras y de aquellas jornadas que están escritas con sangre en sus propios anales; y sobre todo, no olviden su conducta con las razas inferiores; la despoblación que ha señalado cada uno de sus